

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 203.

Alicante 17 de Octubre de 1874.

Año V.

DESPUES DE LA COMMUNE

O CRISTIANOS Y CONSERVADORES,

por

Mr. D'Hulst, sacerdote del clero de Paris.

—¡Usted por aquí, amigo mio! Le creia ya muerto. ¿Cómo ha podido escapar de esos pícaros comuneros?

—No lo sé: porque Dios ha querido.

—Pues no habrán dejado de buscarle á usted.

—Ya lo creo.

—Habrá usted estado fuera.

—No: he estado aquí, y sin embargo, no me han encontrado.

—Le habrían matado á usted.

—Probablemente.

—¡Vaya usted á hacer bien á esos mónstruos!

—Ya lo creo que hay que hacérselo.

—¡Oh! ¿Con que todavía no se ha curado usted de la mania? ¿No ve usted cómo han pagado al Padre Planchat su abnegacion?... Pues bien, amigo mio, si le gusta, buen provecho le haga, pero no me venga usted ya á pedir un cuarto para sus escuelas de artesanos y sus patronatos de aprendices. Yo ya me he convencido de lo que sirven. Todo lo que no sea estado de sitio, mano de hier-

ro para llevar las riendas y una buena policia, es perder el tiempo.

Acabais de oir el diálogo entre un cristiano y un *conservador*. ¿Quereis otra muestra? Pues héla aqui.

—¡Bendito sea Dios! Al fin le encuentro á usted sano y salvo, pobre amigo mio. Aqui tiene usted á un convertido. ¿Se acuerda usted de aquella conversacion que tuvimos el año pasado, en que usted me hablaba de sus temores y yo le calificaba á usted de visionario, fundado en nuestro ejército, en nuestra policia, en los siete millones de *si* del plebiscito, todo lo cual parecia poder asegurar la tranquilidad de un pais? ¿No se acuerda usted que usted me decia: «todo eso se desmoronará como un castillo de naipes porque se ha edificado sin Dios?»

—Y ahora reconoce usted que yo tenia razon?

—Era usted un profeta, usted y los suyos. Pero ahora esto es poco; es preciso que sean ustedes nuestros salvadores.

—¡Qué dice usted! ¡Pobres de nosotros! ¡Qué podemos!

—Lo pueden ustedes todo, y solo ustedes son los que pueden hacer algo. ¡Moralicen ustedes, moralicen ustedes; eso, eso es lo que tienen ustedes que hacer! ¡Multipliquen ustedes sus escuelas, sus patronatos y sus explicaciones

dé Catecismo: cambien ustedes la faz del país! ¡Calmen ustedes las violencias, enfrenen ustedes las pasiones, apacigüen ustedes los apetitos de las turbas!

—Eso se dice muy pronto; pero ¿y los medios para realizarlo?

—¿Los medios? en sus manos los tienen ustedes. ¿De qué les sirven á ustedes sus creencias, si no tienen la virtud de procurarnos la paz?...

—Lo cual constituye á los ojos de usted todo su mérito.

—Ya lo creo, ¡el principal!

—Lo siento, porque estoy persuadido de que su fin es enteramente diferente. Si esas creencias vienen de Dios, empiece usted por aplicárselas á sí, antes de suministrarlas á los que le asustan.

—¡Oh! en cuanto á eso.....

¿Cuál de los dos *conservadores* elegirías, lector amigo? Escoge el que quieras que, por lo que á mi toca, los temo á los dos tanto como á los comuneros, y vas á ver por qué.

El primero no cree en el bien; lo cual es una desgracia. Pero ¿y por qué no cree? Porque nunca lo ha comprendido. El bien que busca no es el bien moral, sino su bienestar, su seguridad, su reposo. El mal para él consiste en que á su lado viven muchos hombres que se le parecen: cada cual quiere todo para sí, lo cual es una continua amenaza para el vecino. La naturaleza y la fortuna han trocado los papeles; aquí se halla el egoísmo satisfecho que teme perder ó compartir; allí el egoísmo sin saciar que sueña con conquistas y botín. El egoísmo satisfecho usa frac y sombrero, le gusta el gendarme y respeta al magistrado: el sin saciar usa blusa y gorra, com-

partiendo el guardia de orden público y el juez el privilegio de su desconfianza y de su odio. Encuentra un día el *satisfecho* en su camino un Sacerdote, y se pregunta: «¿Quién es este hombre, que no se viste como los demás, que habla un lenguaje diferente, y que, viviendo como fuera del mundo, se sienta, sin embargo, alternativamente en el hogar del maestro y del obrero? Escuchemos algo de lo que enseña al pueblo.»

El Sacerdote decía: «Trabajad, que es vuestro deber; trabajad, que es vuestro honor; trabajad, que es vuestro rescate. Dios lleva cuenta de vuestros sudores; Dios recoge vuestras lágrimas para, después de esta vida que se desliza, reservar las compensaciones de la eternidad. Obedeced á los que os mandan, porque así lo ha querido Aquel ante quien desaparecen todas las distinciones de la tierra.»

«¡Oh doctrina admirable! exclama nuestro hombre honrado. Si nuestro pueblo la acepta, ya no tengo nada que temer; ni envidias, ni revoluciones, ni guerra social. ¡Qué excelente magistrado es ese Sacerdote! Él solo vale por diez fiscales y mil gendarmes. Mi madre tenía razón: «la Religión es una gran cosa...» y cansado con haber filosofado tanto, el hombre, satisfecho, se va á recrear viendo un *Vaudeville*.

¿Cuáles eran mientras tanto las reflexiones del egoísmo sin saciar? «Tal vez ese Sacerdote tenga razón; pero, después de todo, ¿qué es lo que me ofrece? Bienes futuros; y yo quiero gozar ahora... Bienes invisibles, y yo quiero ver con mis ojos mi tesoro; y si lo descubro en las manos de mi semejante, se lo iré

á arrebatár; y si sé resiste le mataré.» — «¿Pero no temes á ese Dios justo y poderoso que se ofrecia á consolar tus sufrimientos, y que por tus crímenes se va á irritar contra tí?» — «¿Y quién ha visto á ese Dios? Si existiera, todos creerian en él. ¿Y acaso cree en él el rico, cuyo lujo insulta mi desnudez?... ¿Por ventura dobla ante él su rodilla y le sacrifica el mas insignificante de sus caprichos?... ¡Que se me muestre entre sus vicios y los míos una sola diferencia que no baste á esplicar su fortuna y mi miseria! El día en que le vea prosternado ante su Dios y dispuesto á ofrecerle algún sacrificio, ese día quizá yo también creeré en él y llevaré mi cruz. Mientras tanto, odio su felicidad, soporto estremeciéndome su yugo, espío la hora de la venganza, y, cuando llegue, la tierra será para el mas fuerte...»

Y la hora ha llegado, y el choque ha sido terrible, y sobre las ruinas todavía humeantes de la ciudad en que los dos egoísmos han luchado cuerpo á cuerpo (1), el *satisfecho* de ayer pasea hoy su desden diciendo: «En resumidas cuentas esa Religión valia poco, porque ¿qué es lo que ha salvado; qué es lo que ha evitado?...»

Silencio, ¡impío! Esa Religión no vale

(1) Escusado es advertir que al servirnos de esta espresion no pretendemos colocar entre los *egoístas* á los que combatieron la insurreccion con abnegacion admirable, y sacrificaron su vida por la causa del orden y de la justicia. Remontándonos al origen del conflicto, creemos que, sobre el egoismo de los *conservadores*, sin fé y sin principios, recae una responsabilidad por lo menos igual á la de los partidarios interesados del desorden.

poco, pues ella sola, concedora de la causa del mal, ha acometido la empresa de ponerle remedio. No ha venido al mundo á arrojar un germen de discordia, á armar al pobre contra el rico, á ayudar al rico á oprimir al pobre: su lucha es contra el egoismo. Este es el enemigo que ataca, ya esté cubierto de púrpura, ya de miserables harapos. En este combate, desde el principio suya ha sido la victoria. Humilde en su actitud, pacífica en sus procedimientos, pero infatigable en sus trabajos, tres siglos le han bastado para derribar el ídolo del egoismo antiguo y sustituirle en el culto de las generaciones con el símbolo divino de la abnegacion y del amor. Si el mundo moderno, en medio de tantas apostasías que le deshonran, ha conservado alguna superioridad sobre el antiguo, si tiene alguna idea de justicia, algún horror á la tiranía, algún sentimiento de fraternidad humana, algún respeto á la debilidad, á la pobreza, al sufrimiento, es porque todavía le quedan restos de una herencia que una sociedad pródiga no ha podido consumir por completo: la herencia de los siglos cristianos.

Y si no sobreviven mas de esas preciosas reliquias; si el egoismo, á pesar de todo, se ha apoderado de la supremacia; si la codicia hambrienta ha dejado oír un grito feroz, grito de pillaje, de incendio y de muerte, es porque la codicia satisfecha no ha sabido comprender que habia llegado la hora de no dar mas al pobre el escándalo de su ejemplo, y de inmolarse ella misma en el altar de la abnegacion evangélica.

Con estas doctrinas la Religión ha salvado muchas cosas, y si no lo ha salvado

todo, culpaos á vosotros mismos, á vosotros, que osais cínicamente censurarla de impotente.

¿Qué es lo que vemos en efecto?.... Los cadáveres se han enterrado; han dejado de humear los incendios; el yeso comienza á tapiar los agujeros de las balas y de la metralla, y si quedan ruinas que no podrán reedificarse en mucho tiempo, la costumbre de verlas hace que no se piense mas en ellas.

Ya están, por lo tanto, mis *conservadores* en sus puestos; industriales, periodistas, economistas: á todos los reconozco; nada ha cambiado en ellos. Hace tres meses callaban, y no les faltaba razon; pero, cuando podian hablar, lo hacian admirablemente acordes; las mismas maldiciones contra la *Commune*; las mismas lamentaciones sobre la inmoralidad del pueblo, sobre la ausencia de toda creencia superior, sobre el desbordamiento de las pasiones y de los apetitos: las mismas aspiraciones hácia una regeneracion moral; digo mas (porque en la hora del peligro el diablo se hace ermitaño), las mismas protestas de respeto hácia las convicciones religiosas, únicas capaces, en su sentir, de conseguir de cada hombre los sacrificios necesarios para el bien de todos... ¿Y qué ha sido de esos bellos sentimientos?... No han podido, ¡ay! sostenerse contra la corriente de los intereses que renacen. El industrial ha vuelto á su fábrica, pero no está mas dispuesto que ántes á distinguir entre sus obreros y sus máquinas, á estimar más el alma de aquellos que el rendimiento de estas, á sacrificar á su libertad del domingo el provecho problemático de un trabajo que quisiera hacer continuo,

pero que habrá que interrumpir á la fuerza ante las exigencias ruinosas y las huelgas prolongadas del motin. Antes el maestro temia á su oficial, hoy le teme aun mas; ántes no le amaba, hoy le ama ménos todavia; se separaba ántes de él para hacer una vida enteramente aparte, hoy la separacion será más completa, y de este modo el foso irá creciendo hasta convertirse en un abismo.

Otro tanto pudiera decirse del comerciante respecto de sus dependientes..... ¿Cuál es la tienda de lujo, escapada por milagro del incendio y del saqueo, que haya aprendido á cerrar sus escaparates el dia del descanso?.... El dependiente de 1,000 francos de sueldo sigue como antes, devorando detrás del mostrador, durante los largos domingos, su envidiosa tristeza; las intermitencias de la venta le dejan tiempo para persuadirse de que vale menos, en concepto de su amo, que un paquete de tela; y la idea socialista, ayer armada y amenazadora, hoy en apariencia vencida, no cesa de acudir á aquella mente entristecida y á aquel corazón enfermo, para convencerle de que entre el capital y el trabajo la paz es una mentira.

¿Necesitaré decir algo de los periodistas?

¡Hélos ahí mas que ninguno impetentes! Su respeto á todo lo que es sagrado ha durado justamente el tiempo en que el peligro amenazaba sus imprentas y sus personas. Cuando Chaudey compartia con el Arzobispo de Paris el interés doloroso que suscitaban los rehenes, el mismo *Siecle* encontraba palabras benévolas para la Iglesia y consentia en colocarla mas bien entre los bienhecho-

res que entre los enemigos de la humanidad. Apenas se habian demolido las barricadas, cuando ya emprendia de nuevo en sus columnas esa guerra solapada y rencorosa, que tantos años há viene sosteniendo contra el principio cristiano. La Iglesia volvió á ser de pronto *el gran peligro social*; cualquier cosa antes que tener que soportar su influencia; cualquier cosa antes que dejarla desarrollar libremente bajo la garantía del derecho comun.

Para excitar y alimentar la desconfianza del pueblo hácia la Iglesia, todos los medios son buenos, pero la calumnia es el mejor; así es que no se privan de él. Los procedimientos electorales tantas veces echados en cara al imperio, son hoy el instrumento cotidiano de los candidatos libre-pensadores. «Si votais á ese católico, os va á traer el diezmo, las cédulas de comunión, el derecho de...» Seguramente que si han escogido estos espantajos, es porque no han encontrado otros mas absurdos; los mas inverosímiles son los mejores, y la credulidad de las masas todo lo admite. En Inglaterra hay cierto periódico protestante que reparte entre el pueblo retratos del Papa con cuernos y con garras: es un progreso mas que nos quedaba por hacer. ¡Animo, pues, señores *conservadores*; seguid, seguid vertiendo petróleo; pero cuando llegue el dia en que vuestros discípulos le apliquen un fósforo, si disparais sobre ellos, sois declaradamente unos asesinos!

Hay, pues, gentes que nos temen. Pero tambien las hay que cuentan con nosotros demasiado. Estas son la segunda especie de *conservadores*.

Aleccionados, dicen, por los males de los últimos tiempos, acuden á la Iglesia para confiarle la obra de la regeneración social. Confesad que valia mas no empezar por calumniar á esta Madre, á esta gran Maestra de los pueblos, por deshonrarla á los ojos de sus hijos. ¿Creeis acaso que el respeto y la confianza se recobran tan pronto como se pierden? Sin embargo, la Iglesia no desmaya y se encuentra pronta á cumplir con su deber, por ingrato que este sea. Pero vosotros que la pedis que os salve, cumplid, al hacerlo, los deberes que os imponen el pudor y la justicia.

Por pudor, ante todo, no vengais á pedir á la Iglesia que *moralice* al pueblo, si no estais vosotros dispuestos á recibir los primeros su *moral*. ¿Acaso nos tomáis por guardias civiles? ¿Estará en el órden que empleemos nuestra vida en predicar el Evangelio, luchando contra la ignorancia, la ingratitud, la rusticidad y la corrupcion, nada mas que para prepararos un pueblo disciplinado, cuya vida ordenada asegure vuestros vicios, cuyo trabajo os proporcione adornos para vuestras fiestas, y cuya sumision os garantice la seguridad de vuestros vicios? Scapino tal vez aceptara este papel, si se le pagaba bien; el Sacerdote no puede aceptarlo. «La Religion es buena para el pueblo.» Si, señores; pero no mas buena que para vosotros. Dios la ha hecho para el hombre sin establecer distinciones, y no es cosa de que nosotros las introduzcamos. Poco interés nos inspira la seguridad de vuestras fortunas sospechosas y la tranquilidad de vuestros desórdenes; y si, á pesar de todo, procuramos todavia *moralizar á los*

obreros, es para salvar sus almas, no para servir á los cálculos de vuestro egoísmo.

Tened, pues, pudor; pero observad también la justicia. Nos pedis que regeneremos al pueblo, y al hacerlo, habláis á vuestro modo, esto es, como personas que no conocen el trabajo que esto cuesta y que tienen vivos deseos de ver el resultado. ¿Cuál no sería el fruto de nuestros esfuerzos, si nos ayudáseis, como es vuestro deber; si pusiéseis todos juntos en la balanza social el peso de vuestros ejemplos; si de vuestras palabras, de vuestros escritos, de vuestra influencia consagrada al bien se desprendiera como una atmósfera religiosa en la que nacieran y crecieran los niños que nosotros instruimos; si la Religión, por vuestro medio, formara las costumbres de las clases que dirigen, y con ellas penetrara dulcemente por todas partes y llegara hasta las leyes mismas? ¿No podríamos entonces responder á vuestras legítimas impaciencias, hablar al pueblo y reconquistarle para el Evangelio? ¿No se verían reproducirse las maravillas de la conversión del mundo, y no se manifestaría el poder del Cristianismo proporcionado á la santidad de su doctrina y á la de gran número de sus miembros? Por mi parte no lo dudo un momento. Pero no se encuentran ciertamente en estas condiciones aquellos á quienes dais el encargo de trabajar por vosotros en la obra que debiera ser comun. Vuestro ejemplo es el principal escollo en que viene á estrellarse la fé de los sencillos; vuestro concurso es perezoso, desdeñoso, intermitente; le limitais á la limosna, y aun esta la dais con una mano avara cuando se trata, no de vestir y alimentar al po-

bre, sino de sostener las obras cuyo objeto es precisamente el que con instancia nos escitais á seguir. Reducidos, por falta vuestra, á un trabajo aislado; con medios insuficientes, con una acción que carece de prestigio y de crédito, ¿qué podemos hacer? Tomar las almas una por una y aplicarlas los remedios divinos, cuyo secreto nos ha revelado Jesucristo. Esto es lo que hacemos sin desanimarnos, es verdad, pero también, es preciso decirlo, sin abrigar grandes esperanzas. Este procedimiento pudo servir, en efecto, una vez para conquistar el mundo: es cierto que los Apóstoles contaban con menos apoyo en la sociedad, á la que trataban de convertir; pero el género humano no habia abusado todavía de su fé; la verdad y la gracia caian como un rocío del Cielo sobre una tierra mancillada por todos los crímenes y todas las afrentas, pero no herida aun por la maldición de la apostasía. Dios no se repite en su obra. Crea los medios y de ellos se sirve por mas que no los necesite para obrar. La sociedad cristiana ocupando el lugar del mundo pagano, es una creación de su Omnipotencia, y el concurso de todas las fuerzas vivas de la sociedad para conservar, aumentar y transmitir el tesoro de la civilización cristiana, es el medio escogido por su Providencia. Si la sociedad no cumple su misión y se separa por sí misma de los caminos de la salvación, ¿con qué derecho podrá culpar á la Iglesia de que no la salva á pesar suyo?

No, no, *conservadores*; es preciso que lo sepais. Si no trabajais con nosotros y como nosotros, no espereis nada de nuestros esfuerzos. No quiero decir con esto

que sean estériles, llevarán muchas almas al cielo, sino que no aprovecharán para vuestros intereses temporales, inseparables, por mucho que digais, de vuestros intereses eternos. Es una gloria para la Religion no prestarse á haceros el mezquino servicio que os limitais á pedirle. Dadle tambien vuestras almas para que las cure, y lo demás lo recibireis por añadidura. En tanto que la sociedad nos llama, nosotros nos ocuparemos sin descanso en retirar individuos del abismo. No consideraremos nuestro tiempo ni nuestro trabajo perdido; creemos que el alma de un niño vale muchos años de fatiga; nos entregaremos á la tarea sin mirar nuestras fuerzas, y si la tristeza asalta á nuestros corazones al ver cómo se sustrae la multitud de nuestra influencia, no nos faltarán consuelos. Nos diremos á nosotros mismos que lo que Dios nos pide no son resultados, sino esfuerzos; que El solo es el juez de estos resultados, puesto que se trata ante todo de resultados eternos, y, por último, que es el destino del apóstol sembrar entre lágrimas y morir sin haber visto la cosecha, que otros, despues de él, recogerán en medio de la alegría. Si penetrando á través de estos consoladores pensamientos de la fé, hace llegar la voz escéptica del egoismo hasta nosotros una interrogacion sarcástica sobre el fruto de nuestras fatigas, responderemos al egoismo que, encargados por Dios de combatirle, no tenemos que apresurarnos á rendirle cuenta.

EL ÚLTIMO DISCURSO DE SU SANTIDAD.

A continuacion insertamos el discurso pronunciado por el Santo Padre en la audiencia concedida á las comisiones de la sociedad de los intereses católicos en Roma, y de la nobleza romana, el dia 20 del pasado, aniversario de la entrada de los piemonteses en la Ciudad Santa:

«El círculo de que me veo rodeado en estos momentos, se compone de la parte más escogida de muchos otros que esparcen por nuestra ciudad el suave perfume de sus buenas obras.

Me felicito y os felicito por vuestras palabras; vuestra presencia basta para aumentar mi fortaleza. Y pues quereis que diga tambien algunas palabras que eleven el espíritu y lo conforten en medio de tantas causas de abatimiento, procuraré secundar vuestro laudable deseo.

Dos coincidencias pueden reclamar hoy nuestra atencion; una de ellas no haré sino indicarla.

No haré sino indicarla, porque su exámen me moveria á decir grandes verdades, que no se quieren oír porque *ubi auditus non est, non effundes sermonem*.

Las ventanas de mi habitacion dan al campo, donde en esta estacion se recolectan los frutos de los árboles y de la vid.

Los guardas del campo y los viñadores vigilan, porque los que vienen á robar frutas acechan y rondan para conseguir sus fines. Los viñadores disparan de vez en cuando para asustarlos y obligarlos á que se alejen. Ayer mismo, al acercarse la noche, oí algunos de estos disparos de la parte del campo; pero, — estraña coincidencia, — al poco tiempo sonaron mu-

chos tiros en la ciudad que fueron á confundirse con los anteriores; los primeros tenían por objeto ahuyentar á los robadores de frutas; las últimos, por el contrario, servían para honrar y festejar á los usurpadores de Roma.

Pero la coincidencia en que mas conviene fijarse y que debe contribuir á que se fortalezcan nuestras almas, es la de que el aniversario del 20 de Setiembre cae este año en el mismo dia que la conmemoracion litúrgica de los Dolores de la Madre de Dios. Por eso, al mismo tiempo que la Iglesia venera á esta Mujer grande y agobiada de dolores, debemos seguirla, imitarla y fortalecernos con su ejemplo.

En efecto; ella no dijo,—como la madre de Ismael,—que no tenia fuerzas para asistir á la muerte que amenazaba á sus hijos, sino que, como mujer fuerte, subió á la cumbre del Gólgota y recogió al pie de la Cruz de labios de su Divino Hijo aquel testamento que conforta y enseña, dictado por el Hombre-Dios, maestro de la verdad desde la cátedra de la Cruz.

Maria Santísima estaba de pie junto á la Cruz, *stabat*; oía las blasfemias de los soldados, las burlas de los fariseos, los insultos de los sacerdotes; estaba de pie, *stabat*; y con los ojos vueltos hácia su Divino Hijo, sentía que redoblaban sus fuerzas, aun en la plenitud de su dolor; y seguía de pie, *stabat*. Vió como hería la lanza el costado del Señor Crucificado y lo contemplaba inmóvil, no á la manera de los débiles, que asistían á esta desoladora tragedia cual si asistieran á un espectáculo, sino como mujer que meditaba, sufría y esperaba.

Sin embargo, al ver esto, se acordó de las palabras del anciano Simeon, cuando predijo que aquel Niño seria alguna vez para Ella agudísima espada que traspasaría su corazón de madre.

Stabat, Maria Santísima se mantuvo de pié y firme junto á la Cruz, hasta la consumacion de la gran catástrofe. Retírase por fin, y en medio de las tinieblas que Dios suscitó, para que comprendiese de algun modo el Universo entero el luto de la naturaleza, bajó del Calvario con paso seguro y volvió sin temor á su morada, donde puede fundadamente creerse que su Divino Hijo se le apareceria ántes que á nadie para consolarla, y que al explicarle el cumplimiento del gran misterio, le revelaria también los futuros triunfos de la Iglesia, cuyo principio habia de presenciar también Maria.

Elevemos, pues, nuestras miradas hácia la montaña, y aprovechémonos de los ejemplos de fortaleza de la inmaculada Virgen, que tendrá á bien acomodar la empresa á nuestra debilidad.

Nosotros también vemos con tristeza la guerra cruel y los tormentos con que se martiriza á la Iglesia, á esta Iglesia Santa que nació en el Calvario del costado abierto de Jesucristo.

Nuestro deber, deber que incumbe más particularmente á los ministros del santuario, consiste en oponer á las blasfemias, burlas y desprecio de las cosas santas y sagradas, el remedio de la instruccion que confunde al error, fortaleciendo á los buenos, sosteniendo á los débiles y convirtiendo si es posible á los extraviados.

A nosotros toca, amadísimos fieles, oponer á tantas palabras infernales, pala-

bras de alabanza, respeto y amor á Dios, á la Virgen, á los Santos, y finalmente, á los divinos misterios: *ab ortu solis usque ad occasum laudabile nomen Domini.*

Resuenen con frecuencia bajo las bóvedas de los sagrados templos las alabanzas del Señor, y ojalá que estas alabanzas cantadas con espíritu de penitencia, logren calmar su indignacion por las muchas faltas que cometen los hombres. Repetid, entre otras, aquella oracion de la Iglesia: *Deus qui culpa offenderis, penitentia placaris.* Sed firmes y constantes, abandonáos en brazos de Dios, y confiad en su ayuda.

No asistais á las funciones que se celebran para desagraviar á Dios, como á un espectáculo, *tanquam ad spectaculum*, del mismo modo que se censura, con razon, en los indiferentes espectadores del Gólgota; ántes bien, asistid á ellas con Maria Santísima, recogida en medio de su dolor, y con los mismos pensamientos que tuvo sobre lo que pasaba en el Gólgota y sobre las palabras que salian de los lábios de su Divino Hijo. De manera que pueda repetirse: *Maria autem conservabat omnia verba hæc conferens, in corde suo.*

Reflexionemos nosotros tambien y recordemos al mismo tiempo que el fruto de nuestras consideraciones debe reasumirse en estas dos grandes palabras; *agere et pati.* Trabajar contra esa muchedumbre que llama mal al bien y bien al mal, mónstruo que en nuestros dias quisiera que volviese todo al cáos; hagamos todo lo que á nuestro alcance esté por vencer con el auxilio de Dios á semejante mónstruo, que es el resúmen de todos los vicios. Y así como para vencerlo se

necesita obrar, así tambien no es menos necesario estar dispuestos para sufrir con paciencia los efectos de sus terribles venganzas: *agere et pati.*

Ni la blasfemia, ni el insulto, ni el sarcasmo deben ser parte para que abandonemos nuestro puesto; es preciso permanecer firmes é inquebrantables al pié de la Cruz. La Santísima Virgen Maria, despues de haber asistido al gran sacrificio, bajó del monte y volvió á su soledad, caminando con segura planta por entre las espesas tinieblas que en virtud de un prodigio extraordinario cubrian la tierra. Así nosotros, entre las tinieblas engendradas por los errores, los falsos principios y el espíritu de inmoralidad, debemos poner el pié en terreno firme para retirarnos al silencio de nuestro corazon. Debemos creer que Maria, abandonada y sola, se consoló por fin, como os he dicho, viendo á su Bien-Amado. Tampoco nosotros tenemos mas defensa que esta Cruz, porque los que podrian socorrernos, ó están abatidos, ó son nuestros enemigos, ó nos miran con indiferencia. Volvamos, pues, hácia Aquel que con su muerte borró de nuestra frente la condenacion. Él consoló á su Santísima Madre en el dolor y en el abandono en que se hallaba. ¿Por qué no ha de consolar tambien á su Vicario, por indigno que sea, y á los muchísimos que están con él? ¡Ah! Sí, reunidos todos al pié de la Cruz, roguémosle con Maria que nos consuele, que purifique á la Iglesia de las manchas, no tuyas, — que no las tiene, — sino de estos ó los otros que á ella pertenecen.

Pero sepan los enemigos de la Iglesia que viendo lo que sucede se regocijan y

forman planes sobre ciertos hechos (próximos ó remotos; Dios solo lo sabe); sepan estos enemigos nuestros que tambien los fariseos y sus amigos se alegraban de la muerte del Redentor, como si hubieran obtenido un triunfo, sin ver que aquella muerte era el principio de su total ruina. Esperándola, ejercitémonos en la paciencia y escuchemos la voz de Dios, que nos dice por boca del Profeta: *Potum dabis nobis in lacrymis in mensura.* ¡Roguémosle con confianza, y esperemos que estará ya calmada la medida, y la bebida amarga próxima á agotarse!

Pero como en todo debemos someter nuestra voluntad á la voluntad divina, despues de haberle pedido que nos libre de los males presentes, pidámosle tambien que nos preserve de los futuros por la intercesion de Aquella á quien saludó el Angel llena de gracia. ¡Oh, si! Virgen bendita, os ruego por mí, por todos los presentes y por cuantos viven unidos conmigo, que vengais en nuestro auxilio para que perseveremos firmes é inquebrantables en nuestros propósitos. Os rogamos que nos asistais en nuestra última hora, y que cuando frios ya y temblorosos nuestros labios pronunciemos con débil voz vuestro nombre, recibais vos y vuestro castísimo Esposo estas almas que no piden sino alabar á Dios y glorificarle por toda la eternidad:

*Quando corpus morietur
Fac ut anima donetur
Paradisi gloria. Amen.*

Benedictio Dei, etc.

LA CASA DEL PAPA.

Del *Journal de Florence* tomamos la siguiente carta de Sinigaglia, pátria de Su Santidad Pio IX, la cual, tanto por los curiosos datos que contiene, como por las acertadas reflexiones que los acompañan, esperamos que como á nosotros ha de parecer interesante á nuestros lectores:

«Me encuentro en Sinigaglia, y como puede Vd. figurarse no me olvido de buscar noticias y recuerdos acerca de la primera juventud de Pio IX. Su palacio, situado en la calle del Monte de Piedad, número 33, tiene además otras dos entradas, una por la calle del Duomo, otra por la del tambor. El exterior del edificio, de aspecto señorial aunque sencillo, es de ladrillo fino adornado de mármoles y en cada uno de sus tres pisos tiene cinco balcones. El cuarto en que nació Pio IX está en el segundo, y habita ahora en él su cuñada la condesa Victoria, que tiene los mismos años que Su Santidad.

Al subir se encuentra en la escalera una Virgen, delante de la cual arde una lámpara que el Papa hizo poner el año pasado en sustitucion de otra sumamente antigua y ya deteriorada. En la capilla, sita en el primer piso, se admira un cuadro de gran valor: en ella el jóven Juan Maria Mastai ha oido misa muchas veces y la ha celebrado dos despues de ser Papa. La casa del conde Gerónimo, padre de Pio IX, pasó á su hijo mayor, el Conde Gabriel, que fué muchas veces gonfaleniero de Sinigaglia y dotó á la ciudad con una traida de aguas, con fuentes y lavaderos. A su muerte le ha

sucedido su hijo el conde Luis, casado con una condesa del Drago.

Fuera de la puerta de Capuchinos, más allá del Puente de la Misa, á la izquierda de la fuente erigida por el conde Gabriel, se vé una casa pequeña y humilde, en cuya pared está embutida una imágen de la Virgen de los Dolores, con esta inscripcion en italiano:

MDCCLXVI. Sabe, oh pasajero, que en esta cabaña dada por los condes Mastai-Ferretti á sus colonos, fué criado conmigo Domingo Governatori, y por mi madre Mariana Chiavini, Pio IX, P. M. O. ¡Oh! ¡si nuestra querida anciana viviera hoy, qué gozo y qué consuelo para ella!

El hermano de leche de Pio IX vive todavía, parece siempre jóven; tal es su robustez, y trabaja en el campo, como el mismo Papa trabaja en los campos cuyo cultivo le ha encomendado Dios.

El sepulcro de la familia Mastai se halla en la iglesia de la Magdalena, delante del altar de San Antonio de Pádua. De las inscripciones resulta que:

Juan María, bisabuelo de Pio IX, vivió 73 años.

Hércules, su abuelo, vivió 93 años.

Gerónimo, su padre, 83 años.

Su madre, 88 años.

En cuanto á los tres hermanos de Su Santidad, José murió á los 76 años; Gabriel á los 88, y Cayetano á los ochenta y nueve.

Este último ha restaurado la Iglesia de la Magdalena y ha hecho un legado al hospicio para que en él se alberguen constantemente diez hombres y diez mujeres.

Esa longevidad, privilegio de la familia Mastai, debe inspirarnos la mayor

confianza. Pio IX será conservado largo tiempo aun á la Iglesia.

Sin duda alguna la Providencia, que todo lo dispone para fines de justicia y de misericordia, ha querido colocar en el trono de San Pedro un Pontífice dotado de tal longevidad. Segun como se la considere, puede verse en ella un hecho de órden muy natural ó de órden misterioso;—muy natural si se considera que los antepasados de Pio IX han vivido mas tiempo que la generalidad de los hombres; muy misterioso si se atiende á las vicisitudes del Pontificado y á las condiciones particulares del Padre Santo.

En derredor de Pio IX los Cardenales, los Prelados, los servidores se abaten, pesan sobre ellos los males del cautiverio y se ven obligados á aceptar los consejos de Su Santidad, que los invita á tomar licencias y á veranear en puntos saludables.

Por esta razon el general Kanzler ha pasado algunos meses en Toscana, monseñor Negroto ha ido á Génova, de donde ha vuelto hace unos dias para dar lugar á monseñor Ricci, jefe del cuarto de Su Santidad, que acaba de partir para Montepulciano.

Muchos Cardenales de la Curia romana están ausentes. La mayor parte de los antiguos funcionarios del Gobierno de la Santa Sede han tenido que alejarse de igual modo á fin de respirar aires mas puros y de sustraerse un poco á las tristezas del cautiverio.

Pero Pio IX acepta y soporta con una constancia y una fuerza que tenemos el derecho de llamar sobrehumanas, los males y las privaciones de este cautiverio. Su salud no se ha resentido, y un Pre-

lado que ha tenido la honra de acompañarle á paseo esta misma mañana nos refiere que el Padre Santo anda con la agilidad de un hombre que se hallase en el verdor de su edad.

Ese derecho nos lo dan tambien los enemigos de la Iglesia al desear tan vivamente la muerte del Papa y al anunciarla periódicamente en sus diarios.

Diriase que la Providencia responde á las provocaciones de los revolucionarios prolongando la vida de Pio IX.

Así parece, ó por mejor decir así es.»

CRÓNICA.

DECLARACION DE LA ASAMBLEA CATOLICA DEL HESSE.

Los periódicos católicos alemanes de estos últimos dias publican la siguiente declaracion de los católicos del gran ducado de Hesse, á que se referia un telegrama de Alemania recibido recientemente, como recordarán nuestros lectores:

«La numerosísima asamblea de católicos que se celebró el 21 de Setiembre en Maguncia, á fin de acordar la conducta que estos debian seguir en vista de las llamadas leyes eclesiásticas que ha presentado á las Cámaras el Gobierno del gran ducado de Hesse, ha autorizado al que suscribe, como presidente de dicha Asamblea, para publicar la siguiente declaracion:

1.º Los proyectos de ley de que se trata, son una violacion del derecho divino é histórico de la Iglesia católica, derecho consagrado por tratados internacionales y garantido por la Constitucion del gran ducado de Hesse; constituyen un grave atentado contra la fé y la conciencia, y comprometen gravemente la tranquilidad del pais.

2.º En el caso de que estos proyectos llegasen á adquirir fuerza de ley, los católicos del Hesse, fieles á su fé y á su conciencia, les opondrán la misma resistencia enérgica que los católicos de Prusia oponen á las «leyes de Mayo» decretadas en este reino.

3.º Los católicos del Hesse deben hacer todo lo posible porque no tengan sus legisladores la mas leve duda respecto de sus sentimientos, sumariamente expuestos aquí, y tienen asimismo la obligacion decaminar completamente de acuerdo en todo aquello que se refiera á la conducta que les aconsejan las circunstancias.

FRANCISCO, *baron de Wambolt.*»

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial á las nueve y cuarto misa conventual. Por la tarde á las cuatro menos cuarto mesada del Remedio con sermon que dirá el licenciado D. José Sanchiz, doctoral. En Santa María á las nueve misa mayor. En la Virgen de Gracia á las ocho misa de renovacion.

Lunes.—En las Agustinas por la tarde á las cuatro el diez y nueve de San José con sermon que predicará D. Francisco J. de Guimbeu, vicario de la Virgen de Gracia.

Mártes.—En las Agustinas á las ocho misa de renovacion.

Jueves.—En las Capuchinas á las seis y media misa de renovacion y por la tarde á las cuatro el trisagio.

Viernes.—En la Colegial por la tarde á las cuatro dá principio el novenario del Arcángel San Rafael con el Santo Rosario, sermon que dirá D. Francisco Perez, beneficiado de la misma, novena y gozos.

Sábado.—En la Colegial á las ocho misa de renovacion; á las nueve y cuarto misa y sermon que dirá el licenciado D. Francisco Penalva, abad de la misma. Por la tarde será orador en la novena el Dr. D. Florentino de Zarandona, canónigo.